

NICOLÁS EL CAMALEÓN

Nicolás el Camaleón no es por supuesto un guión audiovisual para ser filmado. Antes que otra cosa el conjunto de textos intenta la construcción de un poemario de género dramático. Un texto para ser leído en lo escrito, y no (al menos no necesariamente) para ser visto en la pantalla tecnológica o representado en escenario alguno, como no sea dentro de las posibilidades físicas y mentales del lector. Sin embargo hay que decir que *Nicolás...* toma en préstamo el estilo de “ojo-cámara” de la frase en prosa del guión audiovisual, su fraseo de imágenes concretas, objetivas, sin opinión. Dicho fraseo sugiere una especie de cortometraje literario, que a veces roza la acotación de la obra de teatro y/o lo francamente teatral, con el fin de involucrar de este modo el género dramático en el poemario.

Nicolás... toma los riesgos del canto que cuenta una historia. Pero en todo caso se trata de la historia que se *va haciendo* con la lectura. El lector, en el acto de leer, adquiere un rol operativo en la realización virtual de una metáfora literaria, esto es, la “película-escénica” de los coloquios y soliloquios de Nicolás. Por otro lado la historia, aunque narrada en imágenes, hace el relato de lo que está fuera de la narración: las palabras de Nicolás, el relato de una experiencia del personaje, la historia de una crisis del lenguaje determinada por la poesía. Es decir, una historia que pretende desplegar el tiempo y el espacio de la poesía. De este modo, con todos los peligros de un trabajo experimental, el texto queda planteado como obra poética, no como un guión o proyecto de hipotética o futura realización fílmica.

El poemario compuesto en dos actos, se organiza a través de la numeración de los segmentos narrativos. El concepto de secuencia está sustentado con libertad en las posibilidades de escritura en este tipo de fraseo de la imagen, distante y directo, y no en la realidad técnica del concepto de secuencia en el guión de video o cine. A cada número le corresponde un texto en prosa con las imágenes de la secuencia, *lo que el “ojo-cámara” del lector está viendo*. Más abajo aparece un texto escrito en verso, entiéndase, los parlamentos de los personajes, *lo que está oyendo el lector una vez que su “ojo-cámara” ha mirado*.

La acción sucede en la Ciudad de México en los años ochenta.

I

LOS MONÓLOGOS DE NICOLÁS

1

Desde la esquina del callejón es posible ver el ancho túnel con su pértiga levadiza. Una callecita que empieza aquí y acaba cortada una cuadra más adelante por un estacionamiento subterráneo. Se ve la blanquecina luz del poste más próximo sobre el asfalto a donde ahora llega un gato, olisquea el piso, se mete bajo una camioneta y recorre el callejón bajo la hilera de coches que invaden la banqueta, el gato mira las zonas de luz artificial afuera de la sombra de los autos. Al ras del piso mira una alcantarilla, un tope, unos tenis rojos que pasan corriendo. A la mitad de la cuadra el gato sale de un auto y se mete al edificio blanco de una privada de dos pisos.

2

Una agradable construcción venida a menos. La entrada sin techo y sin cancel se prolonga en un pasillo de puertas y pequeños balcones a ambos lados. Al fondo, donde ahora el gato se relame, la escalera que sube en zigzag a la planta alta. Ahí, en un balcón del segundo piso, una ventana de hojas largas y verticales, se ve parcialmente una mesa, encima una pieza de alfil negro, un tintero destapado, un cenicero desbordado de colillas y junto al brazo de alguien que escribe, un vaso roto, derribado. Adentro no hay demasiados muebles, un caballete, bancos, un buró con un tablero de ajedrez que contrasta con el desorden de la casa, pues las piezas están colocadas escrupulosamente en la posición inicial. Todas, excepto el alfil de la mesa que rueda y cae al piso.

*Cayó la gota que faltaba, Nicolás,
ahora eres el testigo que te acusa,
no el barco que se hunde, sino el que fue incapaz
de conocer el mar;
del mar sólo hiciste un infierno,
una condena perpetua que nunca creíste merecer.
Pero la condena, Nicolás,
tú mismo la elegiste cuando no eras más que una pequeña
esfera de sustancia viva;
en mala hora te dio cabida el huevo,
en mala hora llegaste al paraíso, ya todo tenía dueño,
solamente te tocó un cerebro vanidoso, un corazón
inseguro,
un cuerpo mal usado que nunca has hecho tuyo.
Quién te manda tener sistema nervioso, tener domicilio
en un estómago que rota y se traslada,
intoxicado de recuerdos y deseos absurdos.
Y no, no me hables de amor, de buenos sentimientos,
ésos nada más eran los gusanos que hacían sentir*

tu cadáver vivo.

3

La cabellera lisa y negra del hombre que escribe, la superficie de la mesa llena de manchas, unas cuantas monedas, los restos de una vela consumida, un hilacho parduzco que alguna vez debió ser una toalla. Hay basura en el piso, periódicos con huellas de zapatos, trapos manchados de pintura, una llanta de bicicleta, botellas de cerveza y tequila, limones chupados, una torta dura a medio morder. La camisa negra del hombre, sin abotonar, tórax flaco y moreno, manos largas de uñas sucias que garrapatean sobre una bolsa de papel estraza: "Cayó la gota, Nicolás". En un rincón de la recámara un viejo sillón lleno de ropa arrugada hace ver fuera de lugar la cama bien tendida. Hay dibujos en la pared, todos con una suerte de erotismo abstracto. Excepto dos, uno que muestra una mujer madura que sostiene un camaleón en el dorso de la mano y otro, de unos tenis rojos al momento de caminar por el filo de una barda,. La higiene de la cocina es deplorable, fregadero atascado por los granos del café y restos de comida, colmado además por un sinfín de vasos y platos y tazas sucias. Hay también un gran charco en el suelo pues el grifo del fregadero gotea. Los tenis rojos de Nicolás se mueven nerviosamente bajo la mesa. El grifo gotea:

*Cayó la gota, Nicolás,
esa mano que no es tuya te clava la hipodérmica,
te infla la vena con su frío.
Cierras los ojos porque el miedo se te metió
en la membrana,
no quieres ver el volantín, solitario hasta la oxidación,
tratas de huir de la histeria de ese caballo desbocado;
sin embargo, lo estás montando ya, Nicolás,
estúpido, estupefacto, escuchas el rechinado...
y luego preguntas quién te subió, quién te trajo a esta mala
fiebre,
no te explicas por qué te abrazas al cuello de esa música
desquiciada.
¿Cómo es que no recuerdas? Te mareas muy fácil.
Cayó la gota, se hizo el encuentro en el callejón,
tus ojos brillaron espantados ante la oscuridad,
nada sabían de la emboscada que tú mismo planeaste.
Recuerdas el olor de la mala sangre
pero te aferras a la vida, fingiendo demencia.
Pero el demente soy yo, Nicolás,
cuando tú miras aburrido por la ventana,
la escalera de caracol, el tinaco de agua,
cualquier araña que pueda vivir sin pensamientos,
yo estoy viendo cómo se aviva la llaga,
cómo crece la costra en los sitios claves.
¿Quién crees que eres tú, Nicolás?
Ninguno de nosotros te lo puede decir*

*y no te queda otra que desear no estar aquí,
ser otro,
tener más brazos, más cuerpos, ser una multitud
compacta, una nada que no duela,
un animal sin compasión y sin hambre;
siempre has deseado amar la vida de otra manera
pero sólo has hinchado el costal de excusas.
Muchas veces nos hemos levantado juntos
a mendigarle un poco de fe a la mañana
para drogarnos con un sueño diferente
al recién derrumbado;
desde hace años he respondido a tu nombre
por las deudas que hoy ya no podemos pagar.
Estoy harto de la vida,
mejor muérete, Nicolás,
tu vida es un compromiso que ya no puedo solventar,
mátame y libérame, Nicolás.*

4

El rostro de Nicolás, ojeroso, inexpresivo, frío. Rápida la mano arruga la bolsa del papel donde escribía para luego arrojarla contra un dibujo clavado en la pared de la recámara, el dibujo de un perfil casi abstracto de dos caderas ensambladas. Luego cae la bolsa de papel sobre la cama. Se abrocha la camisa, levanta del suelo la pieza negra del alfil y la coloca en su sitio en el tablero. Luego avanza dos casillas el peón blanco de la reina. Observa el tablero un instante antes de dar media vuelta y salir del departamento. Desde dentro se ve un recio portazo.

5

Por afuera Nicolás cierra con llave. Tiene unos 35 años, alto, en su rostro acaballado sobresalen sus grandes ojos negros, lleva el pelo largo y revuelto. Mientras baja la escalera del edificio descubre que la caja de cigarrillos está vacía, sonrío visiblemente contrariado. Voltea a ver la azotea, una absurda escalera de caracol junto a la enorme barda de una construcción inconclusa, las antenas y tinacos de agua. Nicolás lanza la cajetilla vacía hacia la escalera de caracol, pero solo logra hacerla caer a los pies de Guadalupe, a quien al parecer no había tenido tiempo de ver. Nicolás la mira pero no se decide entre saludar o disculparse, más bien baja de prisa al pasillo de la privada, sale al callejón, no hay tráfico ni gente, camina por mitad de la calle unas decenas de pasos, se detiene, voltea a ver la azotea del edificio como buscando algo, la mujer se ha ido, sólo se ve la escalera en espiral, la barda, las antenas, el tinaco de agua. Titubea, Decide girar y camina lentamente en sentido opuesto al que llevaba.

6

La luz es particularmente gris. Una noche agitada en Avenida Insurgentes. Nicolás camina con sinuosos pasos evadiendo a la gente que mira aparadores o espera la remota posibilidad de tomar un taxi o abordar un delfín repleto. El viento agita la ropa y el cabello. El tráfico es denso y el sonido de motores y bocinas se mezcla con la letra de

un canturreo de Nicolás, quien junto a un grupo de peatones espera cruzar frente a un semáforo en rojo:

*Escribieron con mayúsculas tu asfixia,
en la minúscula vida cotidiana de un periódico,
sin foto, apareciste suicidado y tenías
trece años..
No hay edad para un suicida¹.*

El canturreo termina con el siga del semáforo, cruza la calle mientras en la acera de enfrente un joven le toma una foto. Nicolás se dirige directamente hacia él, algo le dice y el joven algo intimidado le da un cigarro. Nicolás rechaza el fuego que le ofrece el muchacho y enciende el cigarro unos pasos más adelante. Su cara sucia arroja el humo de la primera fumada. Habla, como para sí mismo:

*Pero derivas pensando en una canción
Me da flojera seguir pensando, ¿entiendes?
Quieres platicar de canciones
cuando tienes la punta del cuchillo
haciéndote cosquillas en la nuez.
Apaga la luz. No cuentes tus historias.*

7

Desde el fondo de un aparador, a través del cristal, se ve venir a Nicolás, se acerca directamente rebasando gente hasta detenerse en seco ante el cristal. Mira con insistencia como quien quiere reconocer a una persona que resulta familiar. De pronto señala excitado su imagen reflejada en la vidriera. Ahora Nicolás está de espaldas y su imagen, de frente, reflejada en el cristal, muestra un franco desconcierto ante las palabras que le dirige Nicolás:

*Oh, ya deja de moler con que te mueres.
Nunca te he buscado la vuelta,
nunca he sido el sordo.
Te oigo, te atiendo,
no sé si me tiraré por la ventana
o si me encamine confusamente a la muerte natural,
nada más ya no me llores con que te mueres.
Acusas de mareos y fingimientos,
te proclamas el testigo que nos hunde,
dices que estás cansado de pagar lo que no debes, ¡ja!
¿Cómo dices que te llamas?
Ah, sí, Ni*

co

lás...

¹ Versos de una canción de Jaime López

8

Por fin la-imagen-de-Nicolás-en-la-vidriera reacciona y sale de su desconcierto, amenazante

*-Llámame Como Quieras,
de mí no te vas a escapar..*

9

Se aleja de la vidriera, manotea, habla solo. Una muchacha de buen ver elude ágilmente el cuerpo de Nicolás y el de una señora que camina en sentido contrario. La muchacha, que podría ser bailarina o deportista, atraviesa la calle con soltura y se mete a un gimnasio. Nicolás la sigue con la mirada. La mira dejar su mochila y unirse a un grupo de compañeras que hacen ejercicio mientras bailan. Ríen y gritan al ritmo de sus piernas y brazos. Llenas de vida van y vienen sus cabelleras con cada salto, haciendo un vuelo circular en cada giro. Sin dejar de verlas Nicolás prosigue con su monólogo.

*Dices que no has hecho nada, que nada has conseguido
pero a mí tus empeños me tienen sin cuidado:*

*¿que has querido ser jinete de un potro indomable
como ridículamente le nombras al amor?*

Pues buena suerte.

*Yo lo único que sé es que he bebido noches
y criaturas transparentes;*

¿te acuerdas de la tina, la azotea, el volkswagen?

*Que el potro te tumbe no es mi asunto,
que estás enamorado. Mala suerte.*

*Para mí sólo eran olores y texturas
de un cuerpo al que yo mismo pertenecía.*

*Que has querido ser algo, qué cosa,
¿qué me importa!*

*Sé que a veces el pensamiento se enciende
y es un chorro de luz que nos deja mudos,
una mano poseída que no supo cómo hizo surgir ese trazo,
no me importa si logras plasmarlo,
no me importa si te aplauden,
mi juego no necesita aplauso,
el aplauso es engañoso,
te hace pensar que sabes algo
y eso es algo que yo no puedo pensar, siempre me distraigo...*

El monólogo se interrumpe porque un automóvil está a punto de atropellar a Nicolás, obligado a dar una espantada carrera que lo saca de su evidente distracción. Ya en la banqueta sonríe aliviado y se recarga en un poste para tomar aliento, haciendo caso omiso de la bocina del auto que con claridad le ha mentado la madre. A un lado del poste hay un puesto de periódicos. Sobresalen dos titulares: SUBEN LAS TORTILLAS; otro, escuetamente avisa: ¡TRAMPA! Las personas no dejan de pasar, algunas voltean con vaga curiosidad y Nicolás, aún recargado en el poste, comienza a caminar:

"Siempre has deseado amar la vida de otra manera."

"Cayó la gota, Nicolás."

"Te mareas muy fácil."

"Que no has hecho nada."

"Que nada has conseguido."

*Ya párale, ya párale,
ya párale que vas a enloquecer.*

Mira la calle, Nicolás,

mira a tu alrededor;

es viernes, ¿te das cuenta?,

a ver, fúmale al cigarro,

yo sólo quiero bañarme, dormir veinte horas

y empezar a comer para cortarnos las malas ideas

y buzo, muy buzo al atravesar las calles.

Se pierde entre la gente en la glorieta del metro Insurgentes. El aburrimiento del vendedor ambulante que se saca un moco, la despreocupación del niño que orina tras un basurero, la ansiedad de la señora que busca algo en su cartera, el temor del anciano cuando baja entre la multitud las escaleras. Dentro de la estación, la cotidiana aventura de abordar el metro: las colas, el mal humor de las boleteras, los gritos de los policías, vemos zapatos, nucas, espaldas, el andén repleto, el metro que llega, empujones, la inercia de los que salen y los que entran y finalmente el metro que pita, cierra las puertas y se va:

¿Quién es esta ciudad que no conozco?

*¿Quién, este enjambre donde me veo repetido,
atrapado por buscar a quien no hallo porque me busca?*

¿Quién, este desconocido que pretende ser lo que no soy?

Qué más da,

un riñón mío o la gente por la calle,

qué más da

cuando la herida no reconoce peso en las diferencias.

Caminamos la ciudad

como quien huye de un dolor de muelas.

Miras los periódicos vaticinar lo peor.

*los miras sin detenerte.
Para nosotros lo peor ya ha pasado,
lo que le pase al mundo
sólo será un escándalo que muy pocos podrán leer.
Entras al metro y te parece bello y aterrador,
una mano nos hunde de los cabellos,
nos zambulle en su neblina.
Somos una piedra que se hunde en el más profundo océano.
Todos en el vagón como glóbulos del mismo plasma,
nos sabemos bacterias, vida en la herida.
No hay historias personales.
Hay una sola historia congelada
y las frases no encuentran sentido.
Entre este tragar saliva y todos los tragos de saliva,
entre este fragmento de tiempo
y todos los fragmentos de tiempo posibles,
no hay nada que valga más.
Unidos a ese animal informe, en un triste orgasmo,
el estómago se convierte en una piedra compuesta
de amor y asco.
No obstante, pronto, el tren se detiene,
las puertas se abren y algunos salimos,
miembros de la mutua estafa de hacernos creer
que la realidad tiene sentido.*

II. Los encuentros: Guadalupe, el camaleón y la barda

12

Desde la azotea del edificio Guadalupe mira regresar a Nicolás. Guadalupe es una mujer madura con los años bien asimilados. En su rostro firme brillan jóvenes sus ojos. En el dorso de una mano sostiene un camaleón mientras que con el dedo índice de la otra mano lo acaricia con suavidad. Nicolás viene por el callejón solitario, camina en medio de la calle, entra al edificio, sube las escaleras arrastrando los tenis en cada peldaño, pero al momento de sacar las llaves para abrir la puerta, como un susurro:

-Oiga, oiga, sí, usted, oiga.

la voz de Guadalupe que viene de la azotea. Por fin, Nicolás la descubre en la oscuridad a través del vidrio roto de una ventana de un cuarto de servicio:

*-Es que no tengo luz;
¿no tendrá unos cerillos?*

Saca del pantalón una caja de cerillos, la sostiene en la mano sin saber qué hacer con ella, intenta arrojarla hacia la azotea pero Guadalupe lo detiene:

*-¿Si no fuera mucho pedir,
ven y enciende la vela tú.*

13

Sube a tuestas por peldaños y paredes sin luz, llega hasta arriba y abre la puerta de la azotea. No puede evitar mirar al fondo otra vez: la inútil escalera de caracol al pie una gran pared. Hay luna llena y el gato se pasea con ligereza por el filo de la barda. Voltea hacia los tendederos y aparece Guadalupe haciendo una seña entre la ropa colgada. La sigue entre macetas de helechos y los cilindros de gas. La doña lo conduce a su cuarto, adentro se insinúa una mesa en la penumbra. Nicolás enciende un cerillo y luego la vela que da luz y proyecta sombras largas sobre la pared. La mesa es en realidad una especie de altar. Flores secas esparcidas, retratos de personas, entre ellos uno de Nicolás atravesando una calle, además hay un cántaro pequeño lleno de canicas, con plumas ensartadas entre los huecos. Y en el centro, muy quieto y vivo, el camaleón. Habla Guadalupe:

*Me gustan mucho los animalitos,
son como la gente, tienen todos los oficios,
todas las suertes.
Mi abuela, que era mujer de veras, decía
que el camaleón es el padre de los animales.
Su facilidad para quedarse quieto
se debe a que sus hilos nerviosos son capaces
de captar la eternidad.
Él mismo es la sensibilidad de cualquier animal.
Camaleón iguana, Camaleón ratón, Camaleón hipnotizador.*

14

Guadalupe sonrío a la luz de la vela, Nicolás se sobrecoge al verla, se apoya sobre la mesa con el equilibrio perdido sobre la mesa; dice:

-Tengo un mareo, tengo que irme.

Guadalupe clava una pluma blanca entre las canicas del cantarito y, sin mirar a Nicolás, se acomoda el camaleón en la palma de la mano; habla:

*No te vayas... Anoche casi no pude dormir.
Soñé con cenizas, con sogas deshilachadas por el viento;
ten cuidado, las palabras te pueden estrangular.
Yo te conozco, Nicolás,*

*me parezco mucho al gesto que no te conoces,
a la certeza en la que nunca acabas de creer,
te lo digo igual que la vena salta en el pulso izquierdo:
hay una herida que no se sabe con qué relacionar,
ganas de reír y llorar y quedarse callado al mismo tiempo.
Soy la sensibilidad del fuego en la madera,
un idioma antiguo que no sabes y balbuceas.*

15

Peldaños de la escalera de caracol. Los tenis rojos de Nicolás bajan con marcada cautela en tanto prosigue la voz de Guadalupe:

*Soñé con un demonio detrás de tu puerta;
un demonio acumulado en la sombra de cada objeto
ha leído tu carta arrugada, Nicolás,
ha sonreído casi con ternura;
hoy no hay luz, Camaleón,
esta noche el juego es a ciegas.*

16

Dentro de la oscuridad del departamento de Nicolás se percibe la puerta de entrada. Del otro lado alguien mete la llave en la cerradura. Un tenue marco de luz al abrirse la puerta, la figura entra tentaleando hasta el interruptor y un foco ilumina el cuarto. El mismo desorden. Nicolás suspira, cierra la puerta con alivio, pero no bien ha dado vuelta, el foco parpadea y se funde tras un corto chispazo. Oscuridad otra vez. Poco a poco surge una débil luz que permite percibir a Nicolás que se talla los ojos en la penumbra. Ha sufrido un cambio en la cara, que ahora lleva ligeramente maquillada. Atónita, su mirada recorre un inesperado ambiente brumoso hasta topar con la fuente de luz. Una vela sobre la mesa. Sentado, otro Nicolás, con bigote, duro y ojeroso, en actitud de tener un rato esperando. Aunque fuma tranquilo, se nota un leve temblor de pulso en el cigarro. Junto a la vela puesta directamente en la madera hay una botella de mezcal a medias y un vaso casi vacío. Dialogan los Nicolases:

Nicolás 1

-¿Dónde estoy? ¿quién eres?

Nicolás 2

-Lláname Como Quieras

El espacio se ha desquiciado dentro del departamento. No hay límites precisos; paredes y techo han desaparecido junto con la bruma. A cambio, al fondo, la luna llena, algunas remotas estrellas y un espacio indeterminado de oscuridad sobre las cabezas de los Nicolases. Continúa el segundo Nicolás:

*¿Quién no se ha visto en mis ojos?
 ¿Quién no ha tragado su propia saliva espesa?
 Puedo aullar como perro envenenado
 o reír como reo de la estupidez,
 pero siempre terminaré mudo,
 solitario en ese punto inmóvil
 donde el mundo es demasiado entrañable y desconocido.
 Soy un hombre que no sabe disimular,
 mi sentimiento me despeina, me demacra,
 me hace gastar las suelas de una manera especial.
 Si me muero, no me duele,
 son mis sueños lo que lastima más.*

El primer Nicolás, ligeramente maquillado de Clown, se sobresalta, da un reparo que lo aleja del borde de la mesa, mientras que el Nicolás de bigote paladea un largo trago mostrando sus negros ojos penetrantes. Con un movimiento de cabeza señala la oscuridad a sus espaldas y remata:

*-Allá adentro te esperan. Lástima.
 No creo que te dejen salir.*

Luego saca de la bolsa de su camisa un par de dados y estira con malicia la sonrisa antes de arrojarlos dentro de la oscuridad. Vemos volar los dados en cámara lenta.

*-Corre Loco en la noche,
 corre mientras no paren los dados.*

Y corre el Nicolás maquillado internándose en la noche.

Desde el fondo de la noche el Loco corre de frente hacia el lector, se acerca, voltea para todos lados sin detener su descontrolada carrera, se acerca hasta parar sofocado tan cerca que sólo vemos su cara desorbitada que mira hacia arriba. Y arriba, brillante, la redonda luna. Poco a poco cambia la iluminación y aparece el callejón del edificio, sólo que ahora no hay coches estacionados arriba de la banqueta, en la desierta escena de callejón sobresale al fondo el siniestro túnel del estacionamiento subterráneo. Nicolás

alza los brazos al cielo nocturno, aspira el aire y camina en círculos por el callejón mientras dice :

*Cualquier mañana ha sido más grande que mi vida
viejo pulpo viejo microbio nata de océano
qué hallas que no enseñas
cristales y luces azoteas y muchachas
camaleones y piedras casta de tacos y milagros
qué sueñas almohada lavada olor de tu oreja
borracho contigo la calle inclinada los perros dormidos
y el tiempo degollado en los ojos*

20

Nicolás se interrumpe, queda quieto, lívido al ver a Guadalupe entrar al edificio seguida por varios Nicolases.

- ¡Doña! ¡jGuadalupe!

Reacciona y va tras ella.

21

Precipitado sube por las escaleras pero un nuevo apagón reinstala la oscuridad. Como un susurro, la voz de Guadalupe:

*Ten cuidado, Nicolás,
el fuego no se retiene
pero tampoco se deja explotar.
Es el ritmo amadamente mantenido
aquello que provoca el vuelo.
Relaja los dedos de los pies,
olvídate de tu espalda.
Leve es la pisada para avanzar en el peligro.
Muy leve, Nicolás, no te vayas a caer.*

22

Regresa la luz pero Nicolás ya no está en la escalera. Está parado sobre el filo de la barda de la azotea. La altura hace ver pequeña la redonda alcantarilla de mitad del callejón. Nicolás mira del otro lado la absurda escalera de caracol y el cuarto de Guadalupe, cerrado. Comienza a caminar un tanto inseguro mientras habla:

*La boca estropajo hilacho pasto seco
la ruta quebrada la luna mareada
los vinos y trinos y capullos despuntados
la policía en lo oscuro pero el misterio sin fondo*

*ni ahorros
un cascabel necesita el gato un limoncito el caldo
inhalo axilas amadas muerdo dientes de ajo
esta lastimadura es de veras siete horas de calentura
bastaarán
o una sal de uvas unos delicados
o tu mera diciéndome que la muerte no esta muerta
o tu mera diciéndome que la muerte no esta muerta...*

23

Sobre el filo de la barda los tenis rojos van adquiriendo soltura hasta llegar a realizar inspirados giros sobre la barda. Continúa:

*Lo dejo todo,
en las manos una vocación de fuego lento
que no va a ninguna parte;
en el cuerpo una reverberación
que emerge a la piel en oleadas.
Es delicioso reconocer tu propio sudor,
sentir las orejas calientes y frescas a la vez,
sentir sólo sentir
dejar a los ojos ser solamente ojos,
a la lengua, un camaleón en reposo,
sin la tentación del vómito.
Hoy no quiero hablar ni conmigo mismo,
lo dejo todo,
lo que no es posible abandonar,
de lo que no es posible huir,
no me importa el alambre del equilibrio,
encarguen a otro el miedo al abismo,
hoy escapo de mí,
dejo mi amor como quien se quita la camisa,
miro mi vida como un desorden que no vale la pena
ordenar,
réstenle mis ilusiones al mar,
hoy sólo el desierto es capaz de conmoverme un poco,
tan grande y sin nadie
como una remota imagen de mí mismo*

24

Los tenis finalizan un giro y se detienen sobre la barda. Nicolás e lleva una mano a la frente y luego señala la luna redonda y palpitante. Vemos otra vez volar los dados en cámara lenta. Inmóvil Nicolás prolonga su ademán hacia la luna, dice:

*Pienso en ti
y es la imaginación la que se rompe,
la que sangra hacia un amor que existiría
aunque yo mismo no hubiera nacido.
Pienso en ti
y ruedan los dados y creo en la buena suerte....*

25

Los dados descienden en cámara lenta, golpean la nariz del maquillado y lo hacen perder el equilibrio. Nicolás se precipita al suelo, cae su cuerpo contorsionándose en el aire , pero poco antes del impacto el pavimento ejecuta un violento giro de 180 grados para de esta forma ver aparecer otra vez la rotunda luna a la que ahora lentamente nos vamos acercando:

*Ah...
Ah, qué manera de empezar,
ah, qué manera de empezar a presentirte.*

*

*Son nuestros ojos un pozo,
un túnel con un anillo de luz,
un resbaladero negro que nos besa los pies,
que nos chupa el pensamiento por cada poro,
por cada abertura,
y cada latido es un presentimiento que nos ilumina
las manos,
que nos espuma la carne toda, piel de madrugada,
calor del frío, gallinerito.
Sentimos que la ventana crece,
que los planetas se mueven y se acercan,
cerramos los ojos entonces
y en el beso modelamos el vértigo y el olvido.*

*

*¿De qué somos
que tocarnos nos gusta tanto?*

*

*De polvo, de cenizas de un fuego que aún arde
en otro cielo.
Ah, qué hermoso animal es tu sexo,
qué ano perfecto como labios de niña fruncidos
para el beso,
ah, como la rosa
tener la cadencia de las corrientes del viento,*

*ah, nuestros cuerpos, como a la iguana,
en vez de sangre, les corre el Tiempo.*

*

*En vez de sangre, le corre el Tiempo.
la iguana tiene el verdadero amor contenido
en la respiración:
temperatura, quietud y movimiento,
puerta abierta por donde entra y sale lo que sucede,
la vida es su ley.
Ella sabe lo que dura el Tiempo
y e ligera porque no le importa morir, porque siempre
está viviendo,
no tiene carga, abarca su historia,
ella siempre está naciendo.
Cuando corre es por seguir los consejos del viento,
cuando quieta funde todas las distancias.
la iguana es una vertiente en mi sangre,
que conozco, pierdo siempre y siempre me enamora.
Nadie en el sexo tiene su santidad.*

*

*Ahogado en magia, te veo la cara,
y tienes la fiebre del rumor
y el equilibrio de la caída sin miedo.
Te veo los ojos blancos, magiosa,
y sangro como tú con la luna,
sangro por ti, para ser como tú y conocerte.*

*

*Yo soy la que mira,
yo soy la que oye,
la que se lo dice en secreto,
la que acierta por instinto,
la que olvida que acertó y puede acertar otra vez,
soy la que no se distrae con las palabras,
soy la que conoce el tacto y el olor del amor,
soy quien sabe rodear cuando la prisa lo pide,
la que sabe llegar pronto cuando el tiempo es generoso.
Yo soy la mujer que mira sin mirar,
la que sueña el futuro y lo recuerda en la mañana,
la que hiere con dulzura,
soy el vientre que encubre,
soy el pulso de la sorpresa,
yo soy la unidad,
la que sabe cómo hablar, la que sabe cuándo quedarse
callada.*

*

*Callar cuando hay que escuchar el silencio
que nos mueve,
como una estrella que cae.
Hablar cuando brotan las flores,
cuando surge el gemido y el balbuceo,
como hacen los dioses el amor: como dan y reciben,
sin prisa y sin pensar.*

26

Cara de Nicolás, ahora sin maquillaje, con los ojos cerrados. Poco a poco los abre y se percata de estar parado todavía sobre la barda. Amanece, canta un gallo de ciudad. Nicolás se siente observado y voltea hacia la esquina del callejón. Es Guadalupe que lo miraba desde abajo pero en ese momento ha dado tranquilamente media vuelta con un saco de viaje al hombro. Los tenis rojos se ponen nerviosos. Nicolás intenta bajar, ir tras ella, pero está a punto de pisar al camaleón que lo observa junto a una caja de cerillos, que ahora aparecen también sobre el filo de la barda. Desiste bajar de la barda, Se limita a contemplar el acompasado desaparecer de Guadalupe al doblar el callejón. Se concreta a guardar los cerillos y a poner al camaleón en la palma de su mano. Se pone en cuclillas sobre la barda para luego mirar hacia los cerros.

*Amo a la persona del plural
y somos una montaña que la hormiga no puede mirar,
pero que sin embargo presiente
y crece, tiembla y se derrumba con ella.
Amo los cuerpos grandes que habitaron uno pequeño,
lo que no soy
pero que bien hubiera podido,
lo que no se alcanza a decir,
lo que nos saca las raíces, los gritos elementales,
las visiones primarias,
esa flecha que sin saberlo viaja hacia el centro.
Amo lo que no alcanzo a ver
porque amo lo que veo.
Los estigmas, el estertor de la personalidad,
la locura cristalizada en el asombro,
la locura que nunca cae, la curva inesperada,
el reflejo certero, sin prisa,
que deviene en revelación,
el misterio trastornado en imagen.
De igual manera, pero en otra parte,
amo las historias personales, sus calles endurecidas,
los habitantes solos de mirada conmovedoramente oblicua.
Amo a los insomnes que luchan entre su esperanza
y su pesadilla,*

*la confusión del ahogado, la convicción del perdido,
el dolor de ser tripas, el fiel servicio de las muelas
carcomidas.*

*Amo a los que un día en un chispazo vieron el destino
y cayeron heridos por el impacto
más allá de cualquier destino verificable.*

26

Ha cambiado la luz del día. Atardece. Nicolás, todavía en la barda con esa extraña calma. Se hace de noche, el hombre en cuclillas continúa sin bajar. Es el final.